

## **La hegemonía de la estética. Lo feo como sujeto sociológico**

**José Luis Anta Félez**

**Universidad de Jaén**

*Tengo la impresión de que mi mundo ha dejado de existir. No entiendo nada de esta época.  
Es como si la fealdad luciera invadiendo el planeta*  
Paul Valery

En este trabajo pretendo hacer un acercamiento a la economía de lo feo, del valor que toma una cierta estética que tiene lo feo como centro de su discurso. O si se quiere ver de otra manera discutir lo hegemónico de la belleza, no sólo con el valor que toma en la idea de clase social, en última instancia de pensar si sobre lo hegemónico es un-único. Porque si recordamos brevemente una cierta genealogía de la hegemonía podemos establecer cuatro momentos en que su práctica se hace narrativa: hay que detestar al obrero porque no tiene ambición; hay que detestar al obrero porque es pobre; hay que detestar al obrero porque no está educado; y, el último, reciente y más sincero momento, es que hay que detestar al obrero porque es feo. En una moderna teoría de la hegemonía el subalterno queda definido dentro de un único territorio, lo feo. Porque lo hegemónico es, en definitiva, una corpus que toma lo estético como un valor económico, político y social y a su vez lo lleva a un orden práctico. ¿Pero qué es exactamente lo hegemónico?, o preguntado de una manera más política, ¿podemos definir lo hegemónico más allá de la práctica que suponemos sirve para reconocer lo hegemónico? Claro que es un problema tautológico, pero también de si en lo social hay posibilidad de definir desde el movimiento o simplemente podemos establecer la posición. No es algo que ahora pueda solucionar, ni acaso desarrollar. Lo interesante es que para definir lo hegemónico lo tenemos que poder observar como un fenómeno que es de alguna manera casi sólo una práctica. Podemos, para entendernos, concretar la definición en torno a una imagen, un artefacto visual que nos permite la definición de la práctica y establecer, a su vez, los contornos.

En efecto, la hegemonía establece en forma de imagen aquello que es su fórmula práctica: lo feo. En la genealogía de lo hegemónico lo feo no sólo es un momento estético, que también, sino ante todo un momento político. La imagen no puede ser más clara: es un hombre, blanco y adulto, consecuentemente, aquello que se conforma en torno al un-único. Una imagen que además crea una categoría concreta de quién es el Otro y le niega al hegemónico ninguna posibilidad fuera de lo que es. En cierta medida la imagen del hegemónico, como si de un único estético se tratara, se concentra en entenderse como algo, un un-único, es decir, lo contrario de lo que sea el Otro. Una vez más una tautología de que el otro y su concentración en una imagen de lo feo: el enemigo, lo sucio, lo abyecto, el olor, el ruido, el fluido, el excremento, lo malo, el enfermo. Y que occidente lo ha propuesto en un juego de discurso visuales permanentes: el negro, la lesbiana, el ladrón, el maricón, el loco,

el poeta, el pensador, el obrero, la ama de casa, la puta... y en última instancia en la mujer. y además como en todo proceso creado por el criterio hegemónico todas estas imágenes tan concretas fijan la realidad y crean todo un corpus jurídico y económico de verdades políticas.

Esta hegemonía de la belleza y su constructor en forma de imágenes del Otro, crea sobre los sujetos una cierta idea de individualidad de su discurso, de su posición, dando a unos un lugar de ganadores y a otro de perdedores. La hegemonía, no puede ser pensada si en es en ese discurso previo de los juegos de suma cero, lo que uno gana alguien lo tiene que perder, y la moderna hegemonía, en esta sociedad del control, más allá de las disciplinas o los posibles gobiernos de carácter jurídico, supone una cierta posibilidad de negar el grupo, al grupo hegemónico, a la clase que gobierna a su antojo sobre las demás. porque al entender la hegemonía como un criterio estético-político, no podemos entender lo que supone la idea de mezcla, de encadenamiento, de combinación, de intermedio... en definitiva, de idea queer. La hegemonía del un-único sólo puede sobrevivir en la idea de individualidad total, porque todo individuo en última instancia es muchos y la imagen de la perversión le persigue más allá de sí mismo, o, para ser preciso, en lo que establece en la física de lo corporal. Todo cuerpo, incluso el hegemónico, tiene fluidos, olores y enfermedades, la gestión se hace imprescindible, incluso una parte determinante de la propia hegemonía de la belleza, que establecerá una economía, una política y toda una institucionalidad en torno a esa gestión de la otredad que todo cuerpo tiene dentro de sí. La lucha de los grupos hegemónicos contra su propia tendencia a la corrupción es un capítulo que ha creado un corpus de imágenes, legislación e instituciones de control, la cárcel, la escuela, el hospital que atraviesan el mundo contemporáneo como ninguno. Pero es un control social global, pero también y en primer lugar a su interior, al interior de la idea del cuerpo en descomposición.

Estados Unidos, como laboratorio social de toda paradoja social, nos muestra con una cierta claridad este proceso que desde el siglo XIX ha llevado a que el cuerpo individual, pero también la ya vieja idea parsoniana de cuerpo social, viva en la descomposición y su control como forma de vida, como única forma de vida, dirían ellos en cuanto grupo hegemónico. De alguna manera había arrojado la idea de que la hegemonía, en su concepción básica gramsciana (Gruppi, 1978), tenía que ver con la conformación de la propia división de lo social en clases sociales, en la medida que conformamos que lo político y, sobre todo, lo económico era la mejor manera de entender la sociedad como un cuerpo. Pero sabemos que no es tan así, la hegemonía, nos muestra la América profunda, no tiene que ver con las clases sociales –que generalmente no es más que una descripción, raramente una explicación–, ni, aunque es algo que habría que matizar, con lo étnico, sino con la idea doble de como se establece el sujeto frente a aquellos elementos que definen su cultura.

En la interesante y curiosa manera de leer a Lenin y su forma de ver la socialdemocracia como un estadio, Antonio Gramsci en *La cuestión meridional* (1926) propone la hegemonía como una suerte de idea, de metaconcepto en la línea de que sirva para que todo el proletariado termine siendo un mismo grupo intelectual, la hegemonía sería, en este sentido, una vía, un camino para llegar a ser la clase única y dirigente de su destino:

El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora [...] La hegemonía es la capacidad de dirección, de conquistar alianzas, la capacidad de proporcionar una base social al Estado proletario. En este sentido se puede decir que la hegemonía se realiza en la sociedad civil mientras que la dictadura del proletariado es la forma estatal que asume dicha hegemonía (Gramsci, 1998:192-193).

Sin embargo el propio Gramsci, superando esta idea de la hegemonía como vía, como método para la lucha social y política, cae en la cuenta que es más complejo y tras formular una cierta concreción sobre el concepto de clase subalterna –por dominada– y del lugar que han de ocupar los intelectuales, nos recuerda en sus Papeles de la Cárcel que su forma de ver la hegemonía es, ante todo una concepción del funcionamiento, parcial, de las ideas que un grupo mantiene con la finalidad de conservar una posición social dada:

Pero en este punto se plantea el problema fundamental de toda concepción del mundo, de toda filosofía que se haya convertido en una religión, en una «fe»; es decir, que haya producido una actividad práctica y una voluntad, y que esté contenida en éstas como «premisa» teórica implícita [...] el problema de conservar la unidad ideológica de todo el bloque social, que precisamente es cimentado y unificado por esta ideología (Gramsci, 1975:12).

Consecuentemente, la hegemonía es esto en la lectura global de Gramsci: la capacidad de unificar y mantener unido una parte de la sociedad a través de una ideología y que, sin embargo, no es homogéneo, sino que está marcado por profundas contradicciones de clase. Y así pues una clase es hegemónica, dirigente y dominante, mientras con su acción política, ideológica, cultural, logra mantener junto a sí el grupo, siguiendo una serie de fuerzas heterogéneas e impidiendo que la contradicción existente entre estas fuerzas estalle y lleve a un rechazo de la propia ideología que lo mantiene. La raíz de todo cambio no podría estar mejor situada, el dominio por crear un sistema hegemónico, lo que significa dar una ideología única a un grupo que no es homogéneo. Pero el cambio se da en el desgaste de la idea de hegemonía, en la manera que todo grupo tiene dentro de sí las contradicciones –concepto marxista que el capitalismo ha convertido en la idea de crisis– que hacen que los sistemas sean o no funcionales. Para el marxismo más clásico, si es que no hay otro, todo orden de cosas tiene que ver con esa idea de cambio de posición. De ahí que el proyecto social de la derecha decimonónica sea dejar claro que hay una estructura superior: el capitalismo como ideología de lo sociedad justa y correcta es estructuralmente elegante, cuando no abiertamente bello. Y contra este orden el proyecto de la hegemonía gramsciana sólo puede ser una forma de pensamiento, como todo el marxismo en general[1].

Si se lee el más que parcial libro *Crónicas de la América profunda* (Bageant, 2008), se puede ver con una cierta claridad como funciona la hegemonía: Estados Unidos está llena de personas embrutecidas, sin educación, racista, machista, fundamentalistas cristianos, amante de la caza, las armas, y radicalmente endeudada, hasta el punto de que no le alcanza ni para pagar las medicinas de un simple tratamiento médico. Sujetos, sin embargo, a

un discurso en defensa del American way of life, la justicia social, la igualdad, la posibilidad de enriquecerse ilícitamente, por lo que votan masivamente a los republicanos millonarios por una simple cuestión de fuerza, y que de algún modo acaban decidiendo el destino de un mundo que ni conocen, ni comprenden, ni del que quieren formar parte. Es obvio que se trata de una economía de lo feo, de un mundo que sólo tiene una salida, estallar y descomponerse en sus propias contradicciones. Sin embargo, si se atiende un poco a la idea clave del discurso social la hegemonía de Estados Unidos proviene de lo bello, de la hegemonía de lo bello.

La hegemonía de lo bello se ha convertido, además en un estereotipo que se exporta desde Estados Unidos al resto del mundo en forma de productos muy fáciles de asimilar, vía la factoría Hollywood, donde todo parece concentrarse en el doble juego de la épica de lo individual y las películas donde se rinde culto a la utopía romántica, en ambos casos la violencia, ya sea explícita, ya sea inferida en las relaciones de género, clase y etnia. Pero esta violencia que el cine muestra sin rubor y de manera altamente atractiva, como si fuera parte de los medios que lleva a un mundo lleno de retos, pero obviamente más justo y redimido, donde los protagonistas, de una belleza bajo el canon occidental de muy exagerada y inalcanzable por sí misma, siempre pueden desarrollar planos morales de carácter único. Y así el terna violencia-amor es la solución de todo en todo momento y en todo lugar. A veces el sentido de esta estética se torna en real, y no es raro ver en el medio Oeste americano una pelea en la puerta del supermercado o cruzarse con una boda entre gente que el único sentido estético que tiene es el que ofrece la lectura de los catálogos de la venta por correo, y donde las bodas son un pastiche de lo que en el cine se ve de largo. Un mundo donde todo el discurso toma su fuerza en las peleas, las bodas, la caza, la ausencia de educación, la sobre explotación des ideas religiosas ad-hoc y en un cierto tono de descreimiento de toda poder que venga desde fuera. Consecuentemente un discurso claramente en masculino, propicio para el mundo creado desde y para los hombres, donde la violencia es sobre todo un re-ordenador de los valores masculinos y el sistema funciona en la medida que nada es discutible. Pura lógica masculina que hace de ciertos símbolos: la camioneta, la escopeta, los rituales de iniciación infantil, el bar, el sombrero vaquero y el apple-pie un mundo cerrado sobre sí mismo. Una hegemonía vía un discurso de lo bello en una economía de lo feo: la mujeres maltratadas, el alcoholismo, las casas vacías, el poder de los políticos locales, el sheriff , el ministro de la iglesia, el y el odio al extraño y el miedo al diferente.

No hay contradicción, o al menos la que hay se asumen, en la medida que todo lo feo es parte de una economía, de una manera en que se puede gestionar el presente, la realidad y lo propio; a la vez que todo esta unido por un discurso que hace de sus lugares, de sus vidas y sus maneras una bella estampa de la verdadera América. El discurso permite que las contradicciones se asuman y que los grupos sociales dominantes lo sigan siendo con el buen acuerdo de toda la población. Y el poder es, en este sentido, toda una estrategia tanto de supervivencia cuanto más del reconocimiento de las políticas. En cierta medida todo esto está contenido en ese discurso que es el cuento El río de la vida (MACLEAN, N, 2010), donde se cuenta la historia de su familia: su padre, un pastor presbiteriano, su madre escocesa, su hermano Paul, tan buen pescador y periodista como violento, y su pasión por la pesca a mosca. La unión de los hermanos con el río Big Blackfoot (Montana), con el acto,

entendido como sagrado, de la pesca, el silencio, la soledad y la idea de formar parte de todo ello y no ser espectador sino el río en sí mismo. Sin duda un hermoso relato contado con sencillez, humor, humanidad y calidez, una vuelta al pasado para entresacar de él un discurso de la hegemonía tal cual se entiende en la América profunda.

Pero toda esta belleza, donde la exaltación a un primigenio paisaje natural, donde lo industrial y lo humano es negado en la medida que se hace de la misma manera es que se niega la historia propia. Todo en este discurso, donde se ponen los fundamentos de lo bello, parece hacer de la masculinidad su única voluntad y la violencia su única forma de actuar. Y, consecuentemente, es en cierta medida la verdadera protagonista de todo ese esquema discursivo, donde la economía y administración de todos esos símbolos termina por hacer que el objeto de la violencia sean mujeres, que son, sin duda, las que llevan el peso de la masculinidad como hegemonía. Una violencia contra las mujeres que se traduce en formas más o menos blandas y asumidas, como el desamor, la infidelidad y el abandono, ya sea en cargas socio-laborales, ya sea en violaciones, palizas y ataques permanentes. Sin embargo el lugar específico donde la hegemonía parece que hace de su discurso algo inevitable, por verdadero, por bello, por ajeno es en la forma que tiene en torno a la industria del ocio para adultos: el turismo sexual, los clubs de striptease, la pornografía, la industria de los objetos para adultos y, obviamente, el cine porno. Hoy en día nadie puede discutir que si hay un lugar específico para establecer la hegemonía (de lo bello) esto está en el doble juego de lo que Beatriz Preciado (2008) llama los dispositivos de poder en torno a la farmacopornografía.

Surge así, una pregunta, ¿quién ha propuesto a estos dispositivos, en forma de cine, de libros, de productos de consumo, en definitiva a esta hegemonía de lo bello, ese papel ser el uno-único? ¿y pueden ellos, podemos todos, asumirlo como tal? ¿Cuáles son las claves conceptuales de que sea así? Cómo no podía ser de otra manera todo ello tiene explicaciones que están en otro sitio, en el discurso (el dónde y cuándo del por qué) y en la discursividad (el cómo del por qué) y en la sujetividad (el por qué del por qué). Este otro lugar, el discurso, es también lo que convierte en una categoría moral a lo hegemónico, como lo inevitable del bien social: si es bueno es bello, si es bello es bueno. Un discurso es, básicamente, un acto comunicativo, que tiene como principal característica el contener en cierta medida el contexto en que se hace, para lo cual parte y termina con formas significativas de repetición. El discurso es como una "cantinela", una forma comunicativa que se repite sin parar hasta el punto que termina por ser una realidad asumida, cuando no un elemento altamente molesto, por obvio. El discurso toma así la proporción de aquello que sirve como mecanismo de unión a las contradicciones que se plantean en los grupos hegemónicos. De esta manera todo discurso es, obviamente, coherente a los intereses de un grupo.

El análisis del discurso, más allá de lo que puede concretarse desde el acto de hablar, como plantea Lacan, es, entre muchas, una forma concreta de acercarse al discurso. En realidad es una manera fallida de ver un discurso por qué parte de que es posible concretar el acto comunicativo como si fuera un signo dentro de un sistema (de ahí el análisis) mayor. En cualquier caso es válido, ya que así te lo piden y no es discutible, y porque las ciencias sociales lo tienen por válido, aunque este más que en discusión. El análisis del dis-

curso tiene implícito dos hechos, uno, que el discurso es parte de una estructura comunicativa dialógica y, dos, que se puede interrogar al discurso por que se conforma como un texto, es decir, que el discurso es obviamente una experiencia (comunicativa, vital, social) del que lo "expresa" y que conforma así la idea del sujeto (resultado de un individuo más un discurso). Un sujeto está, así, sujeto a su discurso. No le preguntamos, pues al sujeto, sino a la combinación de experiencias que un individuo tiene y que relatadas en forma de discurso le convierten en sujeto. El análisis del discurso es, por lo tanto, encontrar que preguntas hacer al texto-discursivo. Para ello utilizamos una herramienta, la sospecha: cómo es posible que alguien, un individuo, sepa lo que dice que es tal o cual cosa, cómo lo aprendió, quién se lo enseñó, qué palabras utiliza, a quién ejemplifica... en última instancia la sospecha es sospechar el por qué del propio discurso –claro que no se pregunta a un texto por qué, pero si se hace verbal la sospecha de que detrás de todo ello está la categoría moral del por qué–.

Consecuentemente, el discurso y su posible análisis parten de un planteamiento, incluso, más sencillo, que no más simple, es un acto comunicativo de orden dialógico, es un hecho que contrapone partes, por ejemplo, el que cuenta, el que habla o lo dicho, lo escrito, dando lugar un cierto dispositivo donde el hecho es parte de lo que asumimos como social –un social, más bien, decimos desde la performatividad– se hace en hacer-decir en el repetir-experimentar[2]. Y así para analizar un texto hay que partir de que hay algo que cierra el hecho de que alguien cuente algo y que nosotros lo podamos recoger-entender-reproducir-investigar. Podemos observar, es un ejemplo, que todo discurso de la emigración parte de la idea de que es explicable el estar en un punto de origen y llegar a otro de destino y que el cambio de espacio es un cambio de subjetividad, incluso en los discursos que el sistema hegemónico hace con respecto a esto establece la idea de espacio y de cambio su desiderata. En todo discurso de la emigración, sea del orden que sea y sirva para justificar lo que sirva (para muchos analistas el discurso es equiparable a la justificación, olvidando que el poder es sobre todo una estrategia), tiene que haber como decíamos una cantinela, una forma de decir que se está aquí pero se viene de fuera porque hay una voluntad de cambiar, en unos casos la realidad más inmediata, en otros la del mundo que se ha dejado atrás, generalmente ambos. La sospecha es descubrir como se llega a ese discurso, si se define por lo laboral o por lo económico en general, si se quiere hacer esto o aquello. La hegemonía, consecuentemente, implica que el sujeto sea subordinado a ese discurso que le define más allá de su individualidad, aunque,ningún individuo se vuelve sujeto sin comenzar por ser subordinado o pasar por un proceso de "subjetivación" [...] El término "subjetivación" comporta en si mismo la paradoja: designa a la vez el devenir sujeto y el proceso de sujeción: no se puede encarnar la figura de la autonomía sino sometándose a un poder, sumisión que implica una dependencia radical (Butler, 2001:115).

En definitiva se trata, casi exclusivamente, de entender el discurso como una forma social que asume una verdad, que es construcción, de alguna manera es el resultado coherente de una combinación de muchos elementos diferentes: ladrillos, argamasas, obreros, planos, arquitectos, contratistas, diferentes profesiones con diferentes y contradictorios saberes, materiales, ideas, deseos, voluntades. A la vez que de la experiencia propia y su posible entramado con la sociedad (de ahí que toda verdad lo es en relación a como se construye una voluntad política), y que se pone en relación con sea lo que sea se asume

que es la realidad social (aquello que todo sujeto está dispuesto a afirmar es ajeno y es superior a su experiencia y consecuentemente el lugar donde se da la subjetividad). La hegemonía de la estética tiene un espacio de colonización: el cuerpo de la mujer. No la mujer en sí, en la medida que puede ser muchas cosas, sino la pura corporalidad. De ahí que sólo sea un discurso. La hegemonía de la estética tiene un discurso casi único: la mujer, en cierta medida un nuevo estadio de las colonias políticas y económicas de Occidente.

## Bibliografía

BAGEANT, J (2008), *Crónicas de la América profunda*. Barcelon Los libros del Lince.

BUTLER, J. (2001), *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid, Cátedra.

GRAMSCI, A (1975), *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. México, Juan Pablos Editor.

\_\_\_\_\_ (1988), *Antología*. México, Siglo XXI. pp. 192-193

GRUPPI, L. (1978), *El concepto de Hegemonía en Gramsci*. México, Ediciones de Cultura Popular.

MACLEAN, N, (2010), *El río de la vida*. Barcelona, Libros del Asteroide

PRECIADO, B. (2008), *Texto yonqui*. Madrid, Espasa

[1] Situando las cosas es importante consultar el trabajo de KOHAN, Néstor, Gramsci y Marx. Hegemonía y poder en la teoría marxista, disponible en: [http://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/gramscia/s/gramscisobre0019.pdf](http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/gramscia/s/gramscisobre0019.pdf)

[2] Para todo esto –y para lo otro también que importante es leer, entender y asimilar BUTLER, Judith; LACLAU, Ernesto; ŽIŽEK, Slavoj, 2003, Contingencia, Hegemonía, Universalidad. Buenos Aires: FCE.